



Macabeo

**Angélica Galindez Almeraya
Universidad Iberoamericana**

**Segundo lugar en el XVIII Concurso de Cuento
Histórico (2020), realizado por el Departamento
de Historia de la Universidad Iberoamericana, con
preparatorias de México.**

México

Allí estaba yo, al lado de un grueso muro de adobe, viendo de pie a mi pelotón de fusilamiento en lo alto del cerro. Junto a mí estaba el Archiduque Maximiliano, quien mantenía una postura firme y serena observando fijamente hacia el horizonte, mientras expresaba con vehemencia lo que divisaba: el resplandeciente amanecer. Desde lo más alto, el amanecer se veía tan reluciente con tonalidades brillantes que anunciaban la llegada del nuevo día. A mi otro lado se encontraba Tomás, temblaba y parecía estar sufriendo espasmos por el lloriqueo de su hijo recién nacido, a quien su esposa trataba de calmar sin éxito.

Observaba detenidamente a los jóvenes soldados armados con sus fusiles, listos para disparar a la orden de su comandante. El magno silencio que llenaba cada rincón del cerro fue interrumpido por los primeros cantos de las aves que los sobrevolaban. La rígida formación de los muchachos, ni siquiera se mostraba perturbada ante aquel sonido. Eso despertó un pequeño destello en el oscuro túnel de mis recuerdos: mis tiempos como cadete en Chapultepec...

Aquel día 13 de septiembre de 1847, la atmósfera del colegio se encontraba repleta de pánico e incertidumbre, el alboroto había empeorado desde el primer bombardeo contra la línea de defensa del castillo, que se había suscitado el día anterior. Presas del terror sólo podíamos preguntarnos: ¿acaso estábamos viviendo nuestros últimos momentos? El miedo nos controlaba, era sofocante. Recuerdo bien cómo Fernando caminaba sin cesar y Agustín palidecía al tratar de calmarlo. Todos nos sentíamos nerviosos, llenos de angustia e inquietud, pero sobre todo atemorizados.

En ese momento parecía tan lejano aquel día, cuando llegó la tan desdichada noticia del desembarco estadounidense en el puerto de Veracruz. En los días siguientes, nosotros los militares, fuimos marcados emocionalmente por los tortuosos conflictos sangrientos y atroces que repercutieron en el orgullo... en la soberanía de nuestra nación. ¿Merecíamos esto de verdad?

Tras la Batalla de Churubusco, con la naciente amnistía, creíamos que todo iba a mejorar y que al fin veíamos la luz. Pero qué ingenuos fuimos y qué equivocados estábamos. Unos días después de la derrota en Molino del Rey, nuestras esperanzas terminaron, sentíamos que nuestro país iba a capitular y someterse al yugo de los beligerantes del norte. Pero rendirse parecía no ser la opción. El orgullo estaba carcomiendo a mi nación, e incluso a mí mismo. La causa expansionista norteamericana estaba ya cada vez más cerca de cumplir su objetivo. Pero no podíamos rendirnos sin antes haber luchado lo suficiente, aunque nos costara la vida. Al menos eso planteaba nuestra educación militar. Ese pensamiento causó en mí un fuerte estrago proseguido de un profundo terror.

La superioridad armamentista y nominal del ejército enemigo nos tenía ansiosos y abrumados. La estrategia empleada por el General Scott había mostrado ser más precisa y exitosa que la del General Bravo y del presidente Santa Anna. El enemigo había avanzado con una dificultad mínima. La inestabilidad que el país parecía tener, estaba condicionando nuestra caída. Las tropas estaban mal armadas y entrenadas, pero sobre todo desunidas. Este último aspecto hacía más difícil pelear por un bien común. Los rumores corrían como pólvora, se decía a voces que el ataque del día previo se repetiría; sin embargo, el presidente lo creyó

poco probable, por lo cual marchó con su ejército hacia el centro de la capital mexicana para resistir las hostilidades del país del norte.

La protección del castillo era endeble, con fortificaciones menores, pocas minas, trescañones y algunos costales de tierra. La custodia era aproximadamente de ochocientos efectivos, de los cuales cincuenta de nosotros éramos jóvenes cadetes. Nuestra defensa era básicamente nula, pero creíamos que un ataque a nuestro colegio era improbable porque, según nuestros superiores, no era un punto de interés para el General Scott.

El amanecer del día trece fue un verdadero tormento que, aún hoy, casi veinte años después, recuerdo amargamente como una profunda cicatriz que se cuaja en el pecho. Los bombardeos nos despertaron a las ocho de la mañana, recibimos instrucciones de permanecer dentro del alcázar y resguardarnos.

Desde una ventana observaba el exterior, parecía irreconocible. Las entrañas me carcomían y los fuertes golpes de mi corazón nublaban mi cordura. El vasto bosque de Chapultepec se estaba convirtiendo en una carnicería... se veía que nos superaban en número en proporciones colosales.

Fijé mi mirada en un soldado que corría despavorido hacia la torre, lo perseguían dos soldados enemigos. Corría como una presa de su depredador, sabiéndose ya su suerte. A pocos metros de la fortaleza, uno de los contendientes del otro bando le atravesó la pierna con un disparo, haciéndolo caer. Después de eso, mi compatriota en el suelo, en su agonía, fue liquidado y rematado con múltiples disparos. Su grito me cayó como balde de agua helada: me regresó al vocerío que se ejecutaba a mi alrededor.

Los compañeros estaban hablando de tomar acción, pero yo apenas podía

escucharlos porque estaba perdido en la horripilante escena que presenciaba desde aquella ventana. Me sentí como un cobarde; igual a una rata escondida en su agujero, impotente, mientras mis compañeros de armas derramaban sangre por su tierra y sus vidas caían lentamente ante manos enemigas, dejando a su paso un caudaloso río escarlata.

Entonces pasó lo inesperado: el Batallón de San Blas, nuestra última defensa, había caído. Los soldados subían por el Cerro del Chapulín y en ese momento sentí un estrago en todo mi cuerpo, un gran nudo se formó en mi garganta y sentí un agudo dolor en el estómago. Aquel soldado al que había visto morir ruelmente, podría ser yo. Al igual que todos mis compañeros parecía que hubiésemos entrado en un estado de trance, donde el terror invadía cada rincón del castillo. Unos cuantos no se pudieron controlar, sus alaridos huían, se les escapaban de las gargantas. Los desgarradores lamentos me hicieron volver a la dura realidad. Cuando aún no habíamos tomado una decisión, escuchamos un fuerte estruendo que resonó en los muros del recinto. Habían entrado. En ese momento se formó un enorme alboroto a mi alrededor, al cual tardé en incorporarme porque me sentía petrificado.

Debíamos pelear, nos volvimos la última esperanza ante la toma del castillo aunque verdaderamente no éramos más que unos jóvenes inexpertos. En mi caso, un joven que había terminado en ese colegio como medida disciplinaria por una escapada juvenil, de la cual hoy me arrepiento, en ese momento no creí merecer ese castigo.

Tan solo pensar en aquel momento cuando junto con mis amigos escapamos del colegio, aún me trae un amargo sabor a la boca. En ese momento, para nuestra muy

mala suerte habíamos llegado a casa del juez de Tlalpan, quien nos reportó con nuestros parientes. Mi padre enfureció y me enlistó en el Colegio Militar como castigo. ¡Maldita sea el haber llegado justo a esa casa! ¡Maldita sea que haya sido hace unos meses!

¡Maldita sea que voy a morir! ¡Maldita sea que el único culpable de esto sea yo! Juan me sacó de mis memorias jalándome violentamente del brazo y gritándome algo incomprensible. Aún siento la saliva de sus gritos en mi cara. Son curiosos los detalles que uno recuerda cuando siente que son sus últimos momentos en este mundo.

A partir de ahí, mis recuerdos corrían incompletos, como cartas a las que le faltan letras. Recuerdo vagamente haber comenzado a correr detrás de los demás y tomar un rifle que estaba arrumbado en el armario, al final del corredor. No íbamos a luchar, sino a tratar de escapar o morir con honor en una misión suicida.

Sentí cómo el reloj marcaba el inicio a la cuenta de mi fin; las manecillas daban fe de mi inevitable sentencia de muerte. Quince años habían pasado y sentía que había desperdiciado inconscientemente cada día, moriría junto con todos estos soldados sin nada para enorgullecer a mi familia. Me negaba a creer que la muerte cerraba sus garras en mi cuello lentamente. Tenía que haber algo más.

Vicente fue el primero en lanzarse a un combate cuerpo a cuerpo al momento de salir: fue asesinado por su contrincante norteamericano. Esta acción nos despabiló: Juan corrió hacia el bosque, Agustín lo intentó hacia el castillo, Escutia, Fernando y el pequeño Francisco corrieron igualmente lejos hacia el jardín botánico hasta que perdí casi a todos de vista. En algún momento fueron encontrados, capturados y

posteriormente ejecutados vilmente.

Entonces llegó mi turno, un soldado enemigo, alto y con un gesto poco amigable, apenas algo mayor se me acercó; levantó su arma y me propició un golpe fortísimo. Su bayoneta me aflojó los dientes. Caí al suelo, esperando el golpe final. En ese preciso instante, por primera vez, el miedo se desvaneció, convirtiéndose en impotencia, enojo, cólera y furia. Pero me rehusaba a llorar porque deseaba al menos morir con dignidad y no como un cobarde.

Era el fin: las tropas penetraron en el edificio, tomando el control absoluto e invadiendo, no sólo nuestra residencia, también nuestro orgullo y honor. La bandera mexicana fue profanada por el enemigo y todo concluyó. Me perdonaron la vida, pero me arrebataron algo peor: mi honor y mi apenas vivida juventud. Fui hecho prisionero y México no perdió únicamente esa y otras batallas, también lo hizo con la guerra y los territorios del norte. Durante mi tiempo como prisionero forjé las convicciones de política conservadora que definirían mi carácter y fijarían mi misión con la sociedad mexicana hasta mi regreso, tras ser liberado. Comprendí que mi carrera apenas estaba por empezar y tenía un enorme compromiso con México.

Después de tanto tiempo sólo seis de ellos son recordados, son leyendas a quienes denominan héroes, quizá conmigo hubiésemos sido siete... pero México tenía otros planes para mí. No le quito el valor a las acciones emprendidas por mis seis camaradas, pero recuerdo con desconcierto a mis otros compañeros y a todos los demás batallones de soldados que dieron su vida por la patria en aquel trágico día, a quienes no se les reconoció su valor y sacrificio de una forma honorable.

Vicente, Agustín, Juan, Francisco, Fernando, Agustín y Escutia serán recordados como los únicos héroes. Sobre todo, este último, será concebido como un héroe épico e invencible, el mayor de "los niños" pasará a la historia a través de un relato que sinceramente yo no puedo constatar que haya o no ocurrido. Él era igual que el resto, un joven novato de veinte años quien, como todos, trató de huir del destino que se nos tenía preparado por un legítimo y genuino miedo. Pero el futuro tendrá seguramente una memoria y recuerdo diferente sobre cada uno de nosotros.

Ellos seis serán glorificados y se volverán símbolos de identidad nacional, mientras el resto de nosotros seremos olvidados o quizá pasaremos a la historia como villanos. No éramos unos niños, sino unos jóvenes relativamente conscientes de nuestras acciones, a quienes la vida nos dio un fuerte golpe a una edad muy temprana.

El director nos había ordenado regresar a nuestras casas antes de que comenzara la batalla, si hubiésemos acatado la orden, la historia sería diferente. Fuimos un grupo de muchachos en el lugar y momento menos oportuno. Nos describen como valientes, cuando en realidad sentíamos un verdadero terror. Luchamos con poco conocimiento de lo que hacíamos y en una batalla que pudo haber sido evitada, éramos novatos e inexpertos y confiamos nuestra seguridad a la institución para la que trabajábamos, la cual nos abandonó por un informe erróneo.

Ahora, aquí en el cadalso, sólo puedo recordar con melancolía y lamentar con rabia ese episodio de la historia mexicana, que seguramente será modificado a favor de ciertos intereses, al igual que mi propia

vida... Conozco de primera mano lo difícil que es unir a un país como México, algo me dice que por pertenecer al bando perdedor seré marginado por ser fiel a mis convicciones y rendir honor a mi apodo "El joven Macabeo". Quizá me recuerden como un traidor a la patria, un infame villano, un desleal y ruin cobarde... aunque, si hubiera muerto aquel día en Chapultepec, es posible que me hubiesen recordado como un héroe.

Al oír el grito del comandante Díaz de León, los soldados apuntan sus fusiles directamente hacia nosotros, ansiosos de soltar la tormenta de plomo. Volví a tener esa sensación que tuve en mi primera batalla, pero el miedo había evolucionado gracias a las experiencias que tuve en mis años de vida. A México le queda un largo camino por recorrer. Aún quedan muchos "héroes y villanos" en el porvenir de la historia de esta gran nación.

Seguramente yo, Miguel Miramón, seré repudiado y clasificado en la segunda categoría. Tan sólo espero que algún día haya alguna persona que relate los verdaderos sucesos de la Batalla de Chapultepec, desmitifique a los niños héroes y me recuerde a mí: el marginado joven Macabeo, el séptimo niño héroe.

El comandante dio la orden final y el pesado silencio de aquella madrugada fue roto por el unísono estruendo de las balas. El sonido de todos los héroes marginados, los injustamente nombrados villanos... los sacrificios olvidados. Hasta entonces mexicanas y mexicanos, recuerden: la historia la escriben los vencedores y, como bien sabrán, yo perdí. No todos los héroes son tan héroes, ni todos los villanos son tan villanos.